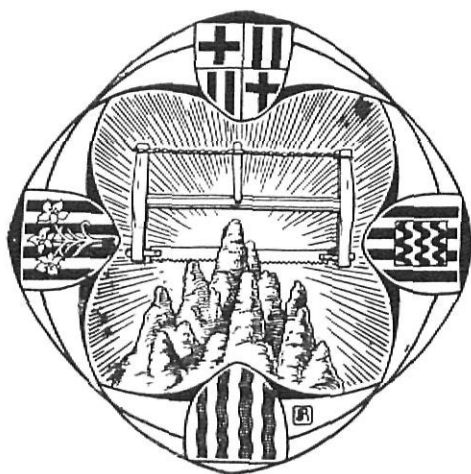


En el día de la fiesta de Nuestra Señora de Montserrat



ERMITAS Y ERMITAÑOS

por J. GIRONELLA GARAÑANA

Con ocasión de la celebración de la Festividad de Nuestra Señora de Montserrat, Patrona de Cataluña, en la cual goza de tan general veneración, vamos a referirnos no especialmente al Monasterio donde tiene asentado su trono, sino a las ermitas que antaño poblaban la Santa Montaña, refugio de unos hombres que con su fe extraordinaria vivían apartados del mundo y solamente entregados a la meditación y a la penitencia, a la vez que al servicio de la Virgen morena.

Con referencia a ellos, así reza la conocida **Cançó de les ermites**, si bien en esta se hace mención sólo de doce, en vez de las trece, que igual que estrellas formaban la corona de la Moreneta.

Dice, así:

O Catalunya, so-ta Patrona;
Tórnem si't plau
Les dotze estrelles de ma corona,
Que de més pures no'n té el cel blau.

Tales ermitas fueron levantadas en la parte alta de la montaña, próximas al torrente de la Vall Mal, actualmente denominado de Santa María, divididos en dos grupos, conocidos con los nombres de Tebas y Tebaida, probablemente haciendo alusión a las tierras de Egipto, tan pródigas de anacoretas en los primeros siglos del cristianismo.

Las referidas ermitas estaban bajo la advocación de San Jerónimo, Santa María Magdalena, San Onofre, San Juan, Santa Catalina, Santiago, San Antonio, San Salvador, San Baudilio, Santa Ana, San Dimas, la Santísima Trinidad y la Santa Cruz.

También fueron habitadas las cinco capillas del primitivo Eremitorio montserratino: Santa María, San Acisclo, San Pedro, San Martín y San Miguel.

Son muchos los documentos históricos que ya en el siglo XI se refieren a la existencia de iglesias, capillas y edificios que, como símbolos de la fe se hallaban esparcidos por la Santa Montaña. No se trata pues de una tradición vaga

y de poco fundamento, sino que ella viene avalada por documentos y escrituras públicas, al establecer el remoto origen de la vida eremítica y de las ermitas de Montserrat. De todo ello puede deducirse, que por allá en el año 888 y, en general, en los siglos IX y X, la Santa Montaña no era un lugar desierto e inhabitado, sino que en ella existían unos moradores que habían acudido a buscar cobijo en la misma, guiados por el afán de huir del mundo y entregarse por entero al servicio de Dios.

¿Quiénes fueron los primeros ermitaños? En el Chartoral, fol. 39, se hallaba una escritura del año 1.058 perteneciente a la capilla de San Miguel (consagrada solemnemente en 1.042 por el obispo de Barcelona, Guisliberto, con asistencia de los vizcondes Udalardo y Riquildio) y en una venta realizada por Mir Olivera a Trausvasio, monje y, Garino, ermitaño, **tibi Trausvasio monacho et Garino heremita**. Y también en el fol. 44, se halla otro testimonio del año 1.064, en que Udalardo, vizconde y su esposa Viva, vizcondesa, dan un alodio en el Castillo Bonifacio, dicho de la Guardia, a San Miguel. En el cuerpo del citado escrito, se lee: **Et vos Trasver et Guari suprascriptes necullios habitatores supradictam domun S. Michaelis habeatis potestatem in omni tempore...**

La vida eremítica en Cataluña es extraordinaria. La palabra ermitaño es tan tradicional y popular, que ya desde la infancia oímos contar a nuestras madres y abuelas infinidad de leyendas, tradiciones y hechos históricos que hacen referencia a la vida de aquellos anacoretas, tales, como la tan conocida leyenda del penitente Garin; la de la mula ciega que durante algunos años fue empleada en subir la comida a los ermitaños, etc. etc.

Los ermitaños vivían en completa soledad y con una austeridad extraordinaria, sin que ello quiera decir que sus celdas eremíticas no reunieran ciertas imprescindibles condiciones y estuvieran bien ordenadas. Su vida transcurría sencilla y silenciosa.

La distribución de su tarea diaria no era capricho de los ermitaños, sino que estaba sujeta a un horario preestablecido. Aquella se desenvolvía entre rezos (que ocupaban la mayor parte de las horas), otras dedicadas a trabajos manuales, cuidar del huerto y de su morada, sin que les faltara disfrutar de unos contados momentos de paseo, siempre no apartándose de su respectiva ermita. De sus habilidosas manos salieron delicados trabajos, como cruces, rosarios, cucharillas, etc., pulcramente tallados en madera de brezo.

Indistintamente en verano e invierno a las dos menos cuarto de la madrugada, el ermitaño de turno hacía tañer la campana de su ermita. Le contestaba la de la capilla vecina y pronto, por toda la montaña, retumbaba un dulce eco de sonos de campanillas que invitaban a sus piadosos habitantes, a santificar el nuevo día que Dios les otorgaba.

La vida eremítica era, como decíamos anteriormente, de una penosa austeridad. El ermitaño no probaba nunca la carne; practicaba el ayuno durante seis meses sin interrupción y todos los miércoles y viernes del año; se flajelaba tres veces a la semana y durante el tiempo de Adviento y de la Cuaresma, cada día. Dormía escasamente seis horas, vestido y teniendo por lecho un montón de paja. Esto, era lo que constituía la Regla y por tanto régimen obligado, si bien, muchos de ellos, aún aumentaban voluntariamente estas penitencias y austeridades. Desligados de toda ambición terrena y siempre preparados para recibir a la muerte, no es de extrañar que en la canción que mencionábamos al inicio de este modesto trabajo, se aluda la entereza del penitente, de esta forma:

«Quan hi trucava la mort traydora,
Entra, li deyan, ja estic a punt;
Del món vols tràurem? ja n'estich fora;
Dels béns que robas no'n tinch ni un».

El aislamiento era absoluto. No podían alejarse más de un cuarto de hora de su respectiva ermita. Los domingos, de buena mañana, los ermitaños se reunían en la ermita de Santa Ana. Confesaban, comulgaban, oían la Santa Misa y escuchaban la conferencia espiritual que les daba el Vicario, regresando en silencio a sus celdas respectivas. En el día de la fiesta del titular de la ermita, se celebraba la Santa Misa con asistencia de toda la que podríamos llamar familia eremítica. En las grandes solemnidades litúrgicas de Navidad, Pascua, Natividad de la Virgen, Todos los Santos, etc., bajaban al Monasterio, frecuentando todos los actos conventuales, edificando con su recogida actitud a todos los fieles que concurrían a los actos propios de la fiesta.

La vida de aquellos ermitaños fue de una ejemplaridad edificante y extraordinario el grado de perfección que consiguieron los moradores de la Santa Montaña, cuyas ermitas eran aquellas estrellas que relucían en la corona de la «Moreneta»:

«Portí corona de dotze ermites,
Las habitaven tretze ermitans;
Desde la terra semblan petites,
desde la gloria semblaven grans».